

EL NACIMIENTO DE UN FRENTE YIHADISTA EN ÁFRICA: UNA EXPERIENCIA DIRECTA

José Miguel Fernández Dols
Universidad Autónoma de Madrid

Mi trabajo como investigador sobre el comportamiento emocional, y en particular la expresión emocional en distintas culturas hizo que algunos de mis colaboradores y, en un caso yo mismo, viajáramos a sociedades remotas entre 2014 y 2019. Una de esas sociedades fue una isla en el archipiélago de las Quirimbas, en la región de Cabo Delgado, al norte de Mozambique, una provincia musulmana, a diferencia del resto de ese inmenso país.

En ese contexto, vimos cómo, en un periodo de tiempo muy breve, entre 2017 y 2018, en la isla apareció, como por arte de magia, una red de mezquitas que competían con las locales, imponiendo una versión wahabita del Islam, en abierta oposición con la tradición sufí de la zona. Ello supuso la aparición de mujeres vistiendo un chador, algo desconocido y extremadamente poco funcional en el clima de ese lugar del mundo, y hombres que, sin ser violentos, eran hostiles al visitante. No fuimos testigos de cómo esas mezquitas llegaron con sus potentes altavoces a la isla, pero era evidente que sus fieles eran jóvenes, algunos muy próximos a la familia del imán sufí, que probablemente habían sido atraídos al wahabismo en el continente. Cada madrugada éramos testigos de las llamadas a la oración desde dos puntos cercanos que competían por la potencia de sus altavoces.

La presencia de estos disidentes, que eran vistos como religiosamente heréticos y políticamente conflictivos, incrementó la tensión en la isla. Al año siguiente, las nuevas mezquitas y sus seguidores, habían sido expulsados de la isla. El rumor era que, de forma violenta, por el ejército o la policía local que probablemente se había desplazado desde Ibo, la capital de las Quirimbas. Eran noticias que solo se contaban en voz baja. Al mismo tiempo, el número de refugiados en diversos puntos de la isla aumentaba. Hay que decir que muchos ya estaban allí en 2015, viviendo en unas condiciones infrahumanas, pero sin generar conflictos aparentes.

La violencia aumentaba en el continente a partir de 2108. El hecho es que el gobierno de Mozambique comenzó a contratar mercenarios en 2019. Las potencias occidentales no parecían, al menos a mis ojos, tener ninguna preocupación o presencia tangible en la zona, más allá de algunas órdenes religiosas y ONGs. Uno de los primeros contratos fue con el grupo Wagner.

En 2020 la pandemia excluyó la posibilidad de volver a Mozambique. Y, paradójicamente, puedo decir que quizás gracias a la pandemia salvamos la vida. A partir de 2020 y en particular en 2022, la isla fue asaltada por terroristas disfrazados de pescadores (en realidad probablemente pescadores que habían cambiado de profesión) y se produjeron varias muertes. Los terroristas tomaron rehenes y al huir de la isla, fuerzas mercenarias al servicio del gobierno atacaron las embarcaciones y acabaron con secuestradores y secuestrados.

Los testigos presenciales, a diferencia de los analistas, solemos aplicar “la navaja de Ockham” para explicar la realidad que vivimos. Esa tendencia lleva con frecuencia al prejuicio pero, en cualquier caso, asumo que es la que se espera de mí en este caso. De mi experiencia, como testigo, puedo extraer varias conclusiones simples probablemente sesgadas pero basadas en la observación directa. En algunos casos coinciden con la opinión de los analistas, pero, en general, no coinciden con las escasas versiones de este conflicto que han aparecido en la prensa occidental.